

Daniel Bensaïd

Marx intempestivo

Grandezas y miserias
de una aventura crítica



Herramienta
Ediciones

Marx intempestivo

Daniel Bensaïd

© 2013 Ediciones Herramienta, Buenos Aires, Argentina
Primera edición, Ediciones Herramienta, octubre de 2003

Traducción: Agustín del Moral Tejeda

Preparación de la edición y comentario de contratapa: Aldo A. Casas

Corrección y revisión de textos: María Belén Sopransi,
Mercedes Casas y Carlos Cuellar

Diseño de tapa: Mario a. de Mendoza

Armado de interior: Gráfica del Parque y Anahí Cozzi

Coordinación de la edición: Chiche Vázquez

Título del original en francés: *Marx l'intempestif*

Grandeurs et misères d'une aventure critique (XIX^e - XX^e siècles)

Librairie Artème Fayard, París, 1995

Título de la edición en inglés: Marx for Our Times

Adventures and Misadventures of a Critique

Verso, Londres - Nueva York, 2002

Ediciones Herramienta

Av. Rivadavia 3772 – 1/B – (C1204AAP), Buenos Aires, Argentina

(: 5411) 4982-4146 revista@herramienta.com.ar / www.herramienta.com.ar

ISBN: 978-987-1505-34-0

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina, mayo de 2013

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Bensaïd, Daniel

Marx intempestivo. grandezas y miserias de una aventura crítica . - 2a ed. -

Buenos Aires : Herramienta, 2013.

552 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1505-34-0

1. Ciencias Políticas. 2. Marxismo. I. Título

CDD 320.531

Fecha de catalogación: 12/04/2013

ducción y privación de los medios de subsistencia, ya no habría, en efecto, ninguna obligación social para la venta de la capacidad de trabajo.²² Sin obligación, ya no hay mercado de trabajo, ni ejército de reserva, ni desvalorización de la fuerza de trabajo. La teoría del valor trabajo, sin embargo, se sobrepone a los buenos deseos de los ingenuos liberales-comunistas. El derecho incondicional a la existencia es tan incompatible con el capitalismo realmente existente como la democracia participativa con el “socialismo realmente existente”. En el mundo profano, el ingreso universal toma la forma del ingreso mínimo o de la exclusión asistida. Las clucubraciones de Van Parijs ni siquiera tienen, entonces, la virtud de hacer soñar. Giran hacia la utopía reaccionaria de un comunismo de mercado fundado en la propiedad mixta, sin que se sepa quién decide invertir, según qué prioridades y según qué proceso de trabajo.

¿Quién explota a quién?

En los años cincuenta, la sociología del trabajo de Alain Touraine privilegiaba a la conciencia de grupo en detrimento de la conciencia de clase: “La importancia y la diversidad de las relaciones que se establecen entre los hombres durante el trabajo y fuera del taller hacen que éstos se conciben más fácilmente como grupo particular concreto que como una fracción de una categoría abstracta, definida en su principio por un tipo particular de situación y de relaciones sociales consideradas fundamentales”. El tema de moda era entonces el de la integración social. En la medida en que el individuo expresa sus reivindicaciones ya no como productor sino “como consumidor”, la noción de clase se volvía una noción caduca. Serge Mallet, para quien la clase obrera nunca ha sido

22. Philippe Van Parijs, “A capitalist Road to Communism”, *Theory and Society*, 1986. Ver también en *Actuel Marx*, “Les paradigmes de la démocratie”, París, PUF, 1994.

una “comunidad sociológica”, le reprocha a Touraine confundir “la condición obrera, noción sociológica, y la existencia autónoma de esta clase en el seno de las relaciones de producción, noción económica y política”. Mallet pone el acento en las mutaciones internas de la clase obrera (masificación de los obreros especializados, expansión de los trabajadores asalariados de cuello blanco), más que en su extinción. Estas polémicas recurrentes corresponden a transformaciones sociales efectivas y a evoluciones más directamente ideológicas (promoción del individualismo y apología de la competencia corren parejas con una disgregación y un retroceso de las solidaridades de clase), que exigen que se actualice el análisis de los movimientos sociales.

Si se quiere encontrar a toda costa una definición de las clases, hay que ir a buscarla (y buscarla bien) en Lenin más que en Marx: “Las clases son *grandes grupos de hombres* que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en su mayor parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen”.²³ Seguramente la menos mala, esta definición pedagógica articula tres criterios:

- a) la posición respecto de los medios de producción (en la que Lenin hace intervenir a la definición jurídica de la propiedad –las leyes–);
- b) la posición en la división y la organización del trabajo;
- c) la naturaleza (salarial o no), pero también la importancia (el monto), del ingreso.

Que se trate de “grandes grupos de hombres” debería, además, cortar por lo sano los ejercicios sociológicos estéri-

23. Lenin, “Una gran iniciativa”, en V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. 3, Editorial Progreso, Moscú, pág. 228.

les sobre los casos límites o los casos individuales. La dinámica de las relaciones de clase no es un principio de clasificación categorial.

El ejercicio que consiste en someter los datos empíricos de la estadística a una interpretación crítica en términos de clases permite probar su pertinencia conceptual. Según el censo de 1975 en Francia, cerca de 83% de la población económicamente activa era en esa fecha asalariados (contra 76% en 1968). En el marco del desarrollo general del trabajo asalariado, los cuadros superiores y medios y los empleados experimentan las tasas de crecimiento más significativas, acompañadas de mutaciones importantes en el seno de esas mismas categorías. De 1968 a 1975, el número de obreros aumenta en 510.000 en números absolutos; el de los cuadros superiores, en 464.000; el de los "cuadros medios", en 759.000, y el de los empleados, en 944.000. Estos datos brutos, sin embargo, no permiten una interpretación directa en términos de clase: los contra maestres, por ejemplo, son contados como obreros, y los técnicos como cuadros medios. Permiten, en cambio, constatar una progresión global de los obreros y los empleados superior a la de los cuadros superiores y medios. Sobre el conjunto de la población económicamente activa, la parte de los obreros propiamente dicha pasa de 33% (en 1954) a 37,8% en 1968, y luego 37,7% en 1975, mientras que los efectivos obreros aumentan en medio millón durante ese período.

Con un efectivo total de 3.100.000 de elementos, la categoría de los empleados de oficina aumenta más rápido que la de los empleados del comercio, pero entre ellos son contabilizados numerosos agentes de las empresas públicas o nacionalizadas, entre ellos 77.000 empleados de correos y carteros. Los empleados del comercio contabilizan 737.000 asalariados, la mayoría de los cuales son mujeres. Según la problemática de Lenin, la aplastante mayoría de esos empleados: *a)* no son propietarios de su herramienta de trabajo; *b)* ocupan una posición subalterna en la división del trabajo, no ejercen función de autoridad y un buen número de

ellos efectúa un trabajo manual; *c)* tienen un ingreso salarial a menudo inferior al del obrero calificado. Por poco que se renuncie a la imagen simbólica e ideológicamente cargada de una clase identificada, según las épocas, con el retrato-robot del minero, el ferroviario o el metalúrgico, en su inmensa mayoría pertenecerían, pues, al proletariado.

Los "cuadros medios" conocen una rápida progresión desde 1954: de 6% en esa fecha a 14% en 1975, con 2,8 millones de asalariados. La rúbrica estadística bajo la cual figuran agrupa cuatro categorías fundamentales: "los maestros de escuela y profesiones literarias"; los técnicos, que se oponen a los cuadros administrativos medios por su papel más a menudo productivo y por un salario cercano al de los obreros calificados; los "intermediarios médicos y sociales", y finalmente los "cuadros administrativos medios", que cumplen una función de oficialidad, es decir, de dirección y vigilancia de los empleados en la administración, los bancos y el comercio (su función de oficialidad, por lo demás, es atestiguada por una diferencia sensible de alrededor de 20% entre su salario medio y el del conjunto de la categoría "cuadros medios").

El análisis del censo socioprofesional de 1975 permite, entonces, sacar las siguientes conclusiones:

1) La burguesía propiamente dicha representa alrededor de 5% de la población económicamente activa (industriales, mayoristas, una fracción de los agricultores y de las profesiones liberales, la jerarquía clerical y militar, la mayor parte de los "cuadros administrativos superiores").

2) La pequeña burguesía tradicional (agricultores independientes, artesanos, pequeños comerciantes, profesiones liberales y artistas) sigue representando alrededor de 15% de la población económicamente activa.

3) La "nueva pequeña burguesía" representa entre 8% y 12%, según que en ella se incluya, además de a una parte de los cuadros administrativos superiores y medios, a los periodistas y a los agentes de publicidad, las profesiones liberales devenidas asalariadas, los docentes del nivel superior y de

secundaria, los docentes de primaria (lo que es, por lo demás, bastante discutible).

En todos los casos, el proletariado (obreros de industria, empleados de comercio, de los bancos y aseguradoras, del servicio público, y asalariados agrícolas) constituye los dos tercios (de 65% a 70%) de la población económicamente activa (cuyo censo excluye a las llamadas amas de casa y a la juventud escolarizada).

El censo de 1982 registra los primeros efectos globales de la crisis. Pero la comparación con los anteriores es oscurecida por las modificaciones de la nomenclatura. Es claro, sin embargo, que la parte global del trabajo asalariado en el seno de la población económicamente activa sigue creciendo, al alcanzar el 84,9%, contra 82,7% en 1975 y 71,8% en 1962. La proporción de obreros industriales, que había comenzado a retroceder desde 1975 (35,7% contra 35,9% en 1968), cae a 33,1%. En cifras absolutas, esta categoría progresa todavía 0,5% entre 1975 y 1982, y su tasa de crecimiento se establece a una media de 10,2% entre 1962 y 1982. Esta evolución promedio oculta una profunda disparidad entre los obreros calificados, cuyo número sigue aumentando (+10,2%), mientras que el de los obreros especializados retrocede (-11,6%). La tasa de crecimiento de la categoría "empleados" durante el septenato 1975-1982 es de 21% (95% desde 1962). En cifras absolutas, son 4,6 millones (contra 7,8 millones de obreros). Pero la ventilación socio-profesional oculta los efectos del desempleo: una pérdida neta de 700.000 empleos industriales y una baja efectiva del número de obreros activos. En el otro polo, la parte de los cuadros superiores y medios en el seno de la población económicamente activa pasa de 8,7% en 1954 a 21,5% en 1982. Éstos no constituirían sin embargo, según la interpretación del censo de 1975, un conjunto de clase homogéneo bajo la denominación abarcativa de pequeña burguesía. Una parte de esta masa pertenece, en efecto, a las capas superiores del proletariado, otra a la burguesía, y el resto constituye una nueva pequeña burguesía o "pequeña burguesía de

función", cuya expansión desde 1975 no tiene nada de explosiva.

Se asiste, pues, a una erosión relativa del proletariado y a una declinación de los obreros de industria en beneficio de la nueva pequeña burguesía, sin que ello resulte, todavía, una mutación cualitativa. En cambio, las diferenciaciones internas del proletariado merman las solidaridades y oscurecen la conciencia de clase. Dichas diferenciaciones resultan de la desconcentración de las unidades de producción, de la reorganización flexible del trabajo y de la individualización acrecentada de las relaciones sociales, acompañadas por la movilidad social ascendente de una parte de los obreros calificados. En el nivel de la reproducción, la interrupción del crecimiento urbano (desde el censo de 1982 las ciudades de menos de 20.000 habitantes tienen un crecimiento superior a la media), la no incorporación a la producción y la escolarización prolongada y la privatización del consumo y del tiempo libre ejercen un efecto disolvente sobre la identificación de clase de las nuevas generaciones. ¿Asistimos al fin de la "cultura de la exclusión"? La tasa de sindicalización disminuye espectacularmente, pero el fenómeno es demasiado desigual a escala europea para no derivar de fuertes especificidades nacionales. El sentimiento declarado de pertenencia a una clase social retrocede de 66% en 1976 a 56% en 1987: entre los obreros, el sentimiento de pertenecer al mundo de los trabajadores pasa de 76% en 1976 a 50% en 1987; entre los jóvenes, el retroceso es todavía más pronunciado. Explicable por el peso creciente del desempleo, desde 1976-1977 se manifiesta un retroceso no lineal de la actividad huelguística, con una reactivación en 1986-1989 y una recuperación en 1993.

El problema no es del orden sociológico; es, más bien, la cuestión de la reversibilidad política de esas tendencias —en otras palabras, la relación entre mutaciones sociales, luchas y efectos de conciencia— lo que debe llamar la atención.

Mientras que Marx parte de la producción para fundar la reproducción, la mayor parte de los análisis sociológicos

intentan determinar a las clases por el consumo y los grupos de distribución. A través de la diferenciación de estatus y de salario, los trabajadores tenderían, así, a devenir ellos mismos explotadores. ¿En detrimento de quién? El razonamiento conduce inevitablemente a abordar la cuestión de las clases desde el ángulo privilegiado del ingreso y a investigar *quién explota a quién* entre los trabajadores asalariados. Baudelot y Establet han llevado esta lógica tan lejos como es posible.²⁴

En *La Petite-Bourgeoisie en France*, ambos constataban (junto con Jacques Malemort) que el abanico de los salarios hacía aparecer polos y puntos de cristalización (entre un polo inferior x y un polo superior en $3x$ con una depresión entre los dos). Ponían en evidencia la desigualdad entre la tasa de crecimiento de los salarios del primer grupo, el que se beneficiaba más del desarrollo del producto nacional, destacando sobre todo la insensibilidad del salario de los cuadros al envejecimiento del trabajo asalariado y el acceso de los cuadros menores al accionario. De esto concluían que el salario de los ingenieros, técnicos y cuadros representaba no sólo el tiempo socialmente necesario para la reproducción de su propia fuerza de trabajo, sino además una parte de plusvalía transferida por los patrones a cambio de buenos y leales servicios prestados en la organización del trabajo. Llegaban así al cálculo del salario justo correspondiente a la reproducción de la fuerza de trabajo. Olvidando que el valor no deja de esconderse detrás de la fluctuación de los precios, evaluaban en $x+x/10$ francos el “precio justo de la fuerza de trabajo” y llegaban lógicamente a considerar que el 40% de los asalariados que ganaban más disfrutaban de una transferencia de plusvalía y pertenecían a una nueva pequeña burguesía subdividida en funcionario estatales, ingenieros-técnicos y cuadros de la iniciativa privada, ligados unos a la jerarquía estatal y otros al despotismo de empresa.

24. Christian Baudelot, Roger Establet, P. O. Flavigny, *Qui travaille pour qui?*, París, Maspéro, 1979.

Este razonamiento era científicamente discutible en la medida en que suponía legítima la cuantificación en precio (salario) del valor medio de la fuerza de trabajo y el cálculo individual de la tasa de explotación. En *Qui travaille pour qui?*, Baudelot y Establet afinaron su propuesta al introducir el método del “equivalente trabajo”, en otras palabras, el cálculo de la cantidad de trabajo incorporado a un producto, con lo que un mismo valor monetario cristaliza una cantidad de trabajo diferente según la productividad de las ramas. Identifican, así, tres grandes consumidores: los hogares, las empresas y el Estado. Las familias consumen bienes de consumo y acumulan bienes inmuebles. Las empresas consumen materias primas y acumulan capital. El Estado consume materias primas y acumula capital.

En la estructura de consumo de los hogares, los gastos alimentarios de las diferentes categorías sociales (salvo para las profesiones liberales) son equivalentes. Más en general, si las necesidades sociales fueran las mismas, los presupuestos serían comparables. Ahora bien, la estructura de consumo varía, y las partidas presupuestarias de cultura, vacaciones, equipamiento doméstico y alojamiento son las más divergentes.²⁵ Existirían, pues, líneas divisorias entre modos de vida, en función del nivel de los recursos (la cultura sólo es verdaderamente una partida presupuestaria entre las clases ricas) y de la división entre trabajo intelectual y manual (los trabajadores manuales buscarían más el entretenimiento). La familia seguiría siendo el lugar de arbitraje privilegiado entre esas opciones de consumo. De ahí su transformación y su reforzamiento. Con las salidas y el tiempo libre moderno, la socialización retrocedería en todos los medios y el relajamiento de las solidaridades sociales daría nacimiento a una “población atomizada de familias”.

¿Cuáles son las consecuencias de estas tendencias desde el punto de vista de las clases? “O bien se entiende por relaciones de producción al conjunto de componentes que carac-

25. *Ibid.*, pág. 76.

terizan el trabajo de un hombre dentro del sistema global de producción global: en la base, obviamente, está la relación fundamental (la extorsión de plusvalía, la forma capitalista de explotación del hombre por el hombre). Pero todas las otras relaciones que de ahí derivan y hacen posible ésta forman parte de ella: monto de recursos, modo de obtención de los ingresos, estatus amenazado o desarrollado por el capitalismo, naturaleza material o intelectual del trabajo. Si se utiliza así el concepto de relaciones de producción, resulta claro que el mismo sólo es capaz de explicar los modos de vida legibles y los presupuestos. Pero de ahí resulta una consecuencia capital: tantos presupuestos, tantas relaciones de producción, tantas clases sociales, o sea tantos grupos con necesidades definidas e intereses materiales definidos. O bien se conserva la vieja distinción entre propietario de los medios de producción y propietario de su fuerza de trabajo: con lo que se gana en simplicidad (dos clases), en maniqueísmo y en simplismo político. Pero se está obligado a negar la existencia colectiva, legible tanto en los presupuestos como en el trabajo, de millares de gentes que no son ni burgueses ni proletarios.”²⁶

¿Dónde pasa la línea divisoria entre lo necesario (o simple renovación de la fuerza de trabajo) y lo superfluo?, se preguntan nuestros autores. En su cuadro sinóptico todo el mundo, con excepción del obrero industrial y del asalariado agrícola, “consumiría en exceso”.²⁷ Baudelot y Establet desembocan, así, en cuatro “masivos” sociológicos:

- a) industriales, inactivos acaudalados, pequeños comerciantes, inactivos medios ricos;
- b) capas medias asalariadas (cuadros y empleados);
- c) proletarios (obreros especializados, obreros calificados, asalariados agrícolas, inactivos pobres);
- d) agricultores independientes (que se parecen a c por el consumo y a a por el patrimonio).

26. *Ibid.*, págs. 121-122.

27. *Ibid.*, pág. 135.

Abandonando la teoría crítica de las clases por la sociología descriptiva del consumo se termina oscureciendo las líneas de fuerza en beneficio de un mosaico de los grupos divisible hasta el infinito.²⁸

¿El proletario ya no es rojo?

En su *Adiós al proletariado*, André Gorz imputa la “crisis del marxismo” no a algún desperfecto ideológico, sino a las mutaciones de la clase obrera: se trataría, ante todo, de una crisis del movimiento obrero mismo. De *crash* en guerra, el capitalismo sobrevive, no sin daños, pero sobrevive. ¿Por qué? Porque el desarrollo de las fuerzas productivas, sometido a sus propias normas y necesidades, sería cada vez más incompatible con la transformación socialista cuyas bases se suponía debía sentar. La contradicción entre la suerte cotidiana de un proletario estropeado por el trabajo y su vocación emancipadora se resolvería en una constatación de impotencia. El capitalismo habría terminado por producir una “clase obrera que, en su mayoría, es incapaz de hacerse con el dominio de los medios de producción [...]”. De modo que “su negación en nombre de una racionalidad diferente ya no puede proceder más que de las capas que representan o prefiguran la disolución de todas las clases, incluida la misma clase obrera”.²⁹

28. Es divertido notar que Emmanuel Todd causó recientemente sensación recordando algunos datos de sentido común. Si el empleo industrial retrocedió de 38,5% a 29,2% de la población económicamente activa entre 1975 y 1990, los obreros no calificados resultan mucho más marcadamente afectados por esta caída que los obreros profesionales. Todd señala también la función ideológica (el espejismo de la promoción social para todas y todos) que conlleva la categoría generalizadora de clases medias: “La visión de una clase media cuantitativamente dominante es estadísticamente absurda” y deriva de una “concepción idealizada del sector terciario”. La brutalidad de la crisis recordaría, por el contrario, la permanencia de las polaridades conflictivas de clase.

29. André Gorz, *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo*, El viejo topo, Madrid, 1981, pág. 24 (traducción Miguel Gil).

Vuelta a la contradicción: ¿cómo de nada devenir todo? Yendo al fondo de esa nada, responde Gorz.

Para ello, hay que atreverse a decirle adiós al gran sujeto de la epopeya revolucionaria según san Marx. El concepto de clase no habría nacido en él de la experiencia militante, sino de un imperativo histórico abstracto: “Es el conocimiento de su misión de clase lo que permite discernir el ser de los proletarios en su verdad”. Poco importa lo que se imaginen o crean los proletarios de carne y hueso. Sólo cuenta su destino ontológico: ¡conviértete en lo que eres! En pocas palabras, “el ser del proletario es trascendente a los proletarios”.³⁰ Esta hipóstasis filosófica resultaría de una mescolanza dudosa de cristianismo, hegelianismo y cientificismo. La misma habría permitido a la vanguardia proclamada jugar a la intermediación entre el ser y el deber ser de la clase. Al no estar nadie en condiciones de zanjar las cuestiones que la dividen (y menos que nadie ese proletariado real, alienado y mutilado por el trabajo), la última palabra ha sido reservada a una Historia ventrílocua, investida del poder de condenar o de absolver.

Para Marx, el trabajo está en el centro del proceso de emancipación. El trabajo general abstracto arranca al artesano o al pequeño productor independiente de su individualidad limitada y los proyecta en lo universal. La apropiación de todo a través del trabajo colectivo permitiría “devenir todo”. Con el pequeño problema de que apropiación y devenir no necesariamente coinciden. Así como la vanguardia usurpa el ser de la clase dispersa y muda, la burocracia se presenta como la encarnación de Prometeo desencadenado. Estas delegaciones y estas sustituciones podrían resultar del desarrollo de un capitalismo todavía demasiado débil para permitir a la clase obrera desplegar sus plenas potencialidades. Por

30. Eric O. Wright considera, asimismo, que la posición constitutiva de la clase obrera incluye en el marxismo clásico un conjunto de intereses materiales, de experiencias vividas comunes, de capacidades de luchas colectivas, a los que se supone naturalmente convergentes. Sin embargo, dice, estos tres factores ya no coinciden.

desgracia, constata Gorz, contrariamente a las esperanzas puestas ayer en la “nueva clase obrera”, el progreso técnico no conduce a la formación de un proletariado masivamente calificado y cultivado, sino a nuevas diferenciaciones y polarizaciones que reconstituyen a la masa de los no calificados, los excluidos y la gente en situación precaria de todo género: el aumento de la potencia de los obreros profesionales “no habría sido más que un paréntesis”. Aunque el peso del proletariado en la sociedad se ha incrementado conforme a las previsiones de Marx, no sacó a los proletarios de su impotencia como individuos y como grupo: “El trabajador colectivo siguió siendo externo a los proletarios”. Finalmente, señala Gorz, “la teoría marxista nunca precisó quién justamente realiza la apropiación colectiva, en qué consiste, quién ejerce y dónde el poder emancipador conquistado por la clase obrera; qué mediaciones políticas pueden asegurar a la cooperación social su carácter voluntario; cuál es la relación de los trabajadores individuales con el trabajo colectivo, de los proletarios con el proletariado”. De ahí resulta una confusión entre “la institucionalización estatista del trabajador colectivo” y “la apropiación colectiva de los medios de producción en manos de los productores asociados”.

De esos legítimos interrogantes, Gorz pasa sin precauciones a la crítica de un militanismo imaginario. El espíritu militante residiría, según él, en la creencia propiamente religiosa en la gran conversión de la nada en todo, conduciendo a perderse como individuo para reencontrarse como clase: “La clase como unidad es el sujeto imaginario que opera [...], pero este sujeto es exterior y trascendente a cada individuo, a todos los proletarios reales”. Que la clase haya devenido ese fetiche autómatas, en nombre del cual las burocracias reclaman un piadoso juramento de fidelidad, es un hecho. Imputarlo a Marx, quien denunció con constancia a la sociedad-persona, a la historia-persona y a todas las personificaciones y encarnaciones míticas, en otras palabras, a todas las trascendencias en las que se aniquila la irreductible interindividualidad, no es serio. Arrastrado por su impulso,

Gorz termina por denunciar en el poder del proletariado “el inverso simétrico del poder del capital [...] el burgués está alienado por ‘su’ capital [y] el proletario, igualmente, estará alienado por el proletariado [...]”. La confiscación del poder por la burocracia constituye, sin embargo, un abuso de autoridad social e histórico atestiguado por los millones de víctimas de la contrarrevolución estaliniana.

Esa es la ambigüedad de *Adiós al proletariado*. Este adiós plantea problemas reales sobre las capacidades emancipadoras de la clase obrera en las condiciones concretas de su alienación. Pero mezcla constantemente este interrogante con una sobreinterpretación ideológica por lo menos unilateral. Ya no se sabe muy bien qué ha contribuido más al desarrollo de las dictaduras en nombre del proletariado: si las condiciones sociales de explotación o la genealogía del concepto.

“El proletariado acabado”, dice Gorz, es proveedor puro de trabajo general abstracto. Todo lo que consume es comprado, todo lo que produce es vendido. La falta de vínculo visible entre consumo y producción tiene como consecuencia necesaria la indiferencia respecto del trabajo concreto. Y el trabajador se vuelve espectador de un trabajo que ya no efectúa. La conclusión profética del libro primero de *El capital* se extingue en este embotamiento: “La negación de la negación del trabajador por el capital no tiene lugar [...]”. Sin embargo, el controvertido capítulo no promete la emancipación solo en la esfera de la producción. Romper el círculo de hierro del capital no deriva de la dialéctica formal de la opresión y de la liberación por el trabajo, dice Marx, sino de la irrupción política.

La crítica le pasa pues la posta a la estrategia. Marx a Lenin.

Gorz entrevé ese cambio de terreno. Entiende bien este llamado de lo político. Pero no lo concibe más que bajo las formas estatales conocidas: “El proyecto de un poder ‘popular’ o ‘socialista’ se confunde con un proyecto político en que el Estado lo es todo, la sociedad nada [...]”. Esta fue, precisamente, bajo su doble modalidad estaliniana o socialdemócrata,

la respuesta del movimiento obrero mayoritario a lo largo de este siglo. Y aunque dicha respuesta no es la única concebible, resulta de la evolución misma del capitalismo. Instauración de relaciones clientelistas de los partidos, laminado de las mediaciones políticas, autonomización creciente del Estado, “el paso del Estado de capitalismo monopolista al capitalismo de Estado se franquea rápidamente”. Al no poder demostrar su capacidad cultural práctica, Marx habría dotado al proletariado de una imaginaria capacidad ontológica para negar su opresión.

En *Metamorfosis del trabajo* Gorz vuelve sobre las mutaciones del proletariado y de su práctica social. La segmentación y la desintegración de la clase, la precariedad, la calificación venida a menos y la inseguridad en el empleo prevalecen sobre la reprofesionalización: “En el momento mismo en que una fracción privilegiada de la clase obrera parece poder acceder al politecnismo, a la autonomía en el trabajo y al enriquecimiento permanente de las competencias, cosas todas que eran el ideal de las corrientes autogestionarias en el seno del movimiento obrero, las condiciones en las que este ideal parece llamado a realizarse cambian radicalmente de sentido. No es la clase obrera la que accede a posibilidades de auto-organización y a poderes técnicos crecientes; es un pequeño núcleo de trabajadores privilegiados el que está integrado en las empresas de nuevo tipo al precio de la marginalización y la precarización de una masa de gentes”.³¹ Estimulada por la crisis, la competencia causa estragos entre los trabajadores y disloca las solidaridades. La pérdida de sustancia material del trabajo los priva de la prometida reapropiación de su creatividad confiscada.

“En pocas palabras, el trabajo ha cambiado; los trabajadores también.”

En treinta años, señala Gorz, la duración individual anual del trabajo de tiempo completo ha retrocedido 23%.

31. André Gorz, *Métamorphoses du travail*, Paris, Galilée, 1989, pág. 94. (Edición en castellano: *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1995.)

El trabajo ya no sería la fuente principal de identidad social y de pertenencia de clase: "Salimos de la civilización del trabajo, pero lo hicimos hacia atrás, y entramos hacia atrás en una civilización del tiempo liberado". Entonces, la conclusión se impone: "Ya no es posible esperar una transformación socialista de la sociedad por la urgencia de las necesidades engendradas por el trabajo ni, en consecuencia, por la acción de la clase obrera solamente. La oposición de clase entre trabajo y capital persiste, pero es recubierta por oposiciones que no derivan del análisis de clase tradicional, no tienen a los centros de trabajo por escenario, ni a las relaciones de explotación por razón. A diferencia de los obreros profesionales de ayer, los asalariados modernos no derivan de su identificación con el oficio o función la conciencia de su poder sobre la producción y de su derecho a reivindicar el poder sobre la sociedad. Es a menudo desde experiencias vividas fuera de su trabajo o empresa, como locatarios, habitantes de una comuna, usuarios, padres, educadores, alumnos, desempleados, que son llevados a poner en entredicho al capitalismo"³².

Desde finales de los años setenta, los efectivos de la clase obrera industrial experimentan una declinación absoluta. Pero este retroceso aparece como una erosión global del proletariado en función de una ilusión óptica (no exenta de resabios obreristas) que reduce la clase obrera a los núcleos activos y simbólicos de una época dada. El proletariado no tiene ni la misma composición ni la misma imagen en 1848 (además de los tejedores silesianos, los proletarios evocados por Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista* son, sobre todo, artesanos y obreros de oficio de los pequeños talleres parisien- ses)³³, bajo la Comuna (después del *boom* y la industrialización

32. André Gorz, *Capitalisme, écologie, socialisme*, Paris, Galilée, 1991, pág. 107. (Edición en castellano: *Capitalismo, socialismo, ecología*, Madrid, HOAC, 1995.)

33. Ver la sociología de la Liga de los Comunistas en Michaël Löwy, *La Théorie de la révolution chez le jeune Marx*, Paris, Maspero, 1970. (Edición en castellano: *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1973.)

del Segundo Imperio), en junio de 1936 o en mayo de 1968. Fue representado, en cada momento, por el obrero de oficio, el minero y el ferroviario (de Zola a Nizan), el metalúrgico (Renoir, Vaillant, Visconti), etcétera. Y la historia no se queda ahí. Pero las catástrofes de la siderurgia o de la construcción naval no deberían significar la desaparición del proletariado. Anuncian, más bien, nuevas mutaciones.

El debilitamiento de la identificación del trabajador en el trabajo plantea un problema real. Pero Gorz aventura una generalización abusiva a partir de ciertos trabajos de servicio o de vigilancia carentes de todo empeño inteligente sobre la materia y su transformación. Saca una conclusión falsamente innovadora, según la cual, en lo sucesivo, la impugnación de la explotación capitalista se desplegaría fuera de la empresa, como si hasta el presente hubiera sido confinada a ese espacio. Aunque la relación de explotación hunde sus raíces en la producción, toda la lógica de *El capital muestra que no se reduce a este terreno*. El movimiento obrero no se contuvo, en primer lugar, como un movimiento interno a la empresa (aunque más no fuera porque estaba jurídicamente excluido de la empresa por derecho divino), sino como un movimiento social, cívico, urbano, cultural. Su encierro en el lugar de trabajo y la limitación de la práctica sindical a la negociación de la fuerza de trabajo es resultado de una larga evolución conflictiva, de la instauración del Estado-providencia, de la creciente disociación de la representación político-electoral y de la institucionalización de los derechos sindicales en la empresa. La crisis del Estado nación y la pérdida de la legitimidad del sistema de representación contribuyen, así como las metamorfosis de la relación salarial, a debilitar las prácticas sindicales y a reorientar ampliamente la conflictividad al plano territorial (urbano), cívico (inmigración), ecológico o cultural.

Al insistir en la pérdida de subversividad del proletariado, André Gorz hace suyos ciertos argumentos que combatía a comienzos de los años setenta. En esa época, las potencialidades críticas de la clase estaban anuladas, a los ojos de nu-

merosos sociólogos, por la prosperidad relativa, la integración social y la fascinación por las "cosas". Desde ese momento, estarían anuladas por el desposeimiento y la exclusión. La discusión sobre los obstáculos al desarrollo de lazos de solidaridad y de una conciencia colectiva crítica es, sin duda, necesaria. Pero hay que cuidarse de las extrapolaciones lineales que se apuran a deshacerse de la circunstancialidad política y de sus imprevistos. Un año antes de 1968 se decía que Francia "se aburría"...

Gorz rechaza el postulado de que la contradicción entre el poder emancipador del proletariado y su mutilante avasallamiento en el trabajo sería automáticamente superada por la creciente polarización social, que correría paralelamente con el desarrollo numérico, la concentración y elevación de la conciencia. Según esta optimista perspectiva, el control sobre la producción y la finalidad reconquistada del trabajo devolverían a sí mismo al trabajador alienado. Las divisiones provocadas y mantenidas por la competencia en las filas de la clase podrían contrariar esta tendencia sin por ello abolirla.

Ernest Mandel resuelve la dificultad invocando los destinos asimétricos de la clase explotadora y de la clase explotada: "A pesar de todas las segmentaciones intrínsecas de la clase trabajadora —los fenómenos constantemente recurrentes de división según líneas de oficio, de nación, de sexo, de generación, etcétera— no hay obstáculos estructurales intrínsecos a la solidaridad de clase general de los trabajadores bajo el capitalismo. Hay tan sólo distintos niveles de conciencia, que hacen más o menos difícil, más o menos despareja en el espacio y en el tiempo, la conquista de esa solidaridad general de clase. No se puede decir lo mismo de la solidaridad de clase burguesa. En períodos de prosperidad, cuando sus luchas son esencialmente por porciones mayores o menores de una masa creciente de ganancias, la solidaridad de clase se afirma con facilidad entre los capitalistas. Pero en períodos de crisis, la competencia tiene que adoptar formas mucho más salvajes, puesto que para cada capitalista individual

no se trata ya de obtener más o menos ganancias, sino de sobrevivir o no como capitalista. [...] Naturalmente, lo que acabo de decir se aplica a la competencia intercapitalista, no a la lucha de clases entre el Capital y el Trabajo como tal, en la cual, por el contrario, cuanto más grave es la crisis sociopolítica, más se afirma la solidaridad de la clase dominante. Pero lo que importa subrayar es la fundamental asimetría de la solidaridad de clase económica respectiva en el seno de la clase propietaria de capital y la clase asalariada. [...] Porque la competencia entre asalariados es impuesta desde el exterior y no estructuralmente inherente a la naturaleza misma de la clase. Al contrario, los asalariados normal e instintivamente luchan por la cooperación y la solidaridad colectivas".

Si esta tendencia se manifiesta, en efecto, de manera recurrente, la contratendencia a la fragmentación no es menos permanente. La asimetría invocada tiene por natural la competencia entre capitalistas, y por artificial ("impuesta desde el exterior") la competencia entre asalariados. Esto es hacer poco caso a la coherencia del modo de producción, donde el capital, como fetiche vivo, dicta su ley al conjunto de la sociedad y mantiene inseparablemente la competencia entre propietarios y entre asalariados arrojados al mercado de trabajo. Reducir las diferencias sociales algunas veces antagónicas a simples "desigualdades de niveles de conciencia" evacúa la dificultad. Mandel termina, así, por depositar la confianza en el tiempo, gran reparador y nivelador ante lo eterno, para aplanar esas desigualdades al imponer una solidaridad conforme a la ontología postulada del proletariado.³⁴

Gorz cuestiona los fundamentos de esta marcha triunfante del sujeto histórico. El taylorismo, la división y la organización científica del trabajo habrían suprimido irremediablemente al trabajador consciente su soberanía práctica. La idea de la clase y de los productores asociados como sujetos

34. Ernest Mandel, *El capital. Cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx*, op. cit., págs. 228-229.

no era, según él, más que una proyección de la conciencia específica de los obreros de oficio, dotados de una cultura, una ética y una tradición. La clase obrera que aspiraba entonces al poder no era una masa de miserables, desarraigada e ignorante, sino una capa virtualmente hegemónica en la sociedad. El consejismo habría sido la expresión avanzada de esta clase obrera reivindicando la mina para los mineros y la fábrica para los obreros, confiada en sus propias capacidades para administrar tanto la producción como la sociedad. En consecuencia, los centros de producción eran percibidos como centros privilegiados del nuevo poder a edificar y la fábrica ya no era una simple unidad económica dissociada de los centros de decisión.

Inversamente, en la fábrica gigante la idea misma de consejo obrero se habría vuelto una especie de anacronismo. La jerarquía patronal sustituiría a la jerarquía obrera. El único contrapoder imaginable (de control o de veto) se reduciría a cuestiones: de ahí la absorción de las veleidades de auto-organización y de autogestión por estructuras sindicales ya institucionalizadas y subordinadas. La comprobada imposibilidad material del poder obrero dejaría lugar a un poder sindical integrado, simple réplica social de la delegación parlamentaria. La burocracia se convertiría en la figura central de una sociedad, instrumento y engranaje privilegiados de un poder sin sujeto. La era de los obreros especializados y del trabajo fragmentado doblaría las campanas por la cultura obrera y el humanismo del trabajo que fueron la gran utopía del movimiento socialista y sindicalista revolucionario a comienzos de siglo. El trabajo perdería el sentido de actividad creadora que modela la materia y domina la naturaleza, adquirido en el curso del siglo XIX. Desmaterializado, ya no constituiría "la actividad a través de la cual el ser humano realiza su ser gracias al poder ejercido sobre la materia".

De ahí la necesidad de "cambiar de utopía".³⁵

35. André Gorz, *Métamorphoses du travail*, op. cit., pág. 22.

De renunciar a los presupuestos fundamentales de "la utopía industrialista" según la cual las rigideces y las coacciones sociales de la máquina podrían ser suprimidas por la coincidencia de la actividad autónoma y el trabajo social hasta fusionarse. Heredera prometeica del Iluminismo, la utopía marxiana habría sido "la forma acabada de la racionalización: triunfo total de la Razón y triunfo de la Razón total; dominación científica de la Naturaleza y dominio científico reflexivo del proceso del proceso de esta dominación". En lo sucesivo, "la dualización de la sociedad será frenada no por la imposible utopía de un trabajo apasionante y de tiempo completo para todas y todos, sino por fórmulas de redistribución del trabajo que reduzcan su duración para todo el mundo sin por ello reducir su calificación ni parcelarlo".³⁶ Gorz llega a la conclusión de la caducidad de la esperanza de liberación por y en el trabajo. Si el trabajo productivo en lo sucesivo se separa de la experiencia sensible y se reduce a una minoría declinante, "¿quién puede todavía, entonces, transformar el trabajo en una *poiésis* creativa? Seguramente no la inmensa mayoría de las clases asalariadas". No habría salida al círculo vicioso, sino a condición de renunciar a concebir al trabajo como el factor esencial de la socialización y considerarlo simplemente un factor entre muchos otros. La conclusión cae por su propio peso: "La aspiración al pleno desarrollo personal en las actividades autónomas no presupone, entonces, una transformación previa del trabajo. [...] La vieja noción de trabajo carece de actualidad, y el sujeto se distancia no sólo respecto del resultado de su trabajo, sino también respecto del trabajo mismo".³⁷

Esta franca ruptura con la problemática de Marx desemboca en la búsqueda de nuevos sujetos liberadores y de nuevas estrategias. Ya no se trata tanto de liberarse en el trabajo como de liberarse del trabajo, comenzando por reconquistar la esfera del tiempo libre. Dado que "el terreno del

36. *Ibid.*, pág. 95.

37. André Gorz, *Capitalisme, écologie, socialisme*, op. cit., págs. 113-123.

conflicto es desplazado progresivamente de los centros de trabajo a frentes más amplios y más movedizos de la vida colectiva [...] la cuestión del sujeto capaz de realizar la transformación socialista de la sociedad no puede ser resuelta en consecuencia con las categorías usuales del análisis de clase". Ese nuevo sujeto (porque el razonamiento no escapa a la vieja problemática del sujeto), sin embargo, tiene dificultades para salir del limbo. Es evocado como "un movimiento social multidimensional que ya no es posible definir en términos de antagonismos de clase [...]; ese movimiento es, en lo esencial, una lucha por los derechos colectivos e individuales a la autodeterminación".³⁸

Desde el punto de vista de sus consecuencias estratégicas, la innovación radical lleva, por nuevos senderos, a viejas canciones. Incapaz de combatir al Estado y de dominar el trabajo, ese sujeto polimorfo y rizomático está llamado a elaborar en el tiempo libre su contracultura con vocación hegemónica. En su *Adiós al proletariado*, Gorz afirma, así, que "la idea de la toma del poder debe ser fundamentalmente revisada. El poder no puede ser tomado más que por una clase dominante de hecho". Este es precisamente, en efecto, el enigma estratégico de la revolución proletaria. En tanto que para la burguesía la conquista del poder económico y cultural precede a la conquista del poder político, para el proletariado la conquista del poder político deberá iniciar la transformación social y cultural.

Leitmotiv obsesivo: ¿cómo de nada devenir al menos algo?

En los años sesenta Lucien Goldmann adelantó como respuesta "el reformismo revolucionario" de inspiración austro-marxista. Hasta ayer insuperable en razón de la situación minoritaria del proletariado, la contradicción se resolvería a través del desarrollo histórico mismo. Un proletariado socialmente mayoritario y cada vez más cultivado podría extender progresivamente sus contrapoderes autogestionarios y sentar su hegemonía previamente a la conquista del poder político

propriadamente dicho. Reuniendo a la mayoría política y a la mayoría social, ese último acto podía ser pacíficamente electoral. Los treinta años transcurridos no confirmaron este optimismo. La homogeneización social y la autonomía cultural anunciadas por los prósperos años de la postguerra no resistieron los efectos de la crisis. ¿Cómo imaginar la liberación en el tiempo libre cuando el trabajo sigue siendo alienado y alienante? ¿Cómo desarrollar una cultura colectiva y creadora cuando la esfera cultural misma está cada vez más sometida a la producción mercantil? ¿Cómo sustraerse a la dominación del Estado cuando la ideología dominante se impone principalmente a través del universo fantasmal de la producción mercantil generalizada? Si el interrogante sobre las capacidades emancipadoras del proletariado es por lo menos actual, ¿cómo creer en las de la "no clase" de los desheredados y los excluidos?

Pretender que ese nuevo proletariado no industrial "ya no encuentra en el trabajo social la fuente de su posible poder" es concederle a la marginalidad virtudes que no tiene. Después del cerco de las ciudades por el campo, ¿el de la producción por el mundo flotante de la precariedad? Definir a ese nuevo proletario como una "no fuerza" consagrada a conquistar no "el poder", por naturaleza corruptor, sino "espacios crecientes de autonomía", es hacer de la impotencia virtud y buscar la superación del productivismo (ciertamente criticable) en una inquietante "subjetividad absoluta". "Sólo la no-clase de los no-productores es capaz de ese acto fundador —escribe Gorz—; ya que sólo esa clase encarna a la vez el más allá del productivismo, el rechazo de la ética de la acumulación y la disolución de todas las clases."³⁹

En 1980, antes de que la crisis produjera sus efectos sociales y morales, Gorz todavía podía conservar las ilusiones del período anterior. Una década después, ya no es posible creer en las virtudes liberadoras de esta exclusión forzada que haría de los desclasados o de los *underclass* los nuevos

38. *Ibid.*, págs. 139 y 163.

39. André Gorz, *Adiós al proletariado*, *op. cit.*, pág. 81.

campeones de un mundo mejor. Bajo el pretexto de abrazar la causa de los más desprotegidos, esta ideología del no trabajo, centrada en la primacía de la soberanía individual, es más bien el nuevo hábito de una utopía de las clases medias desamparadas (que se enlaza “con el pensamiento de una burguesía revolucionaria”), para las cuales la “verdadera vida” comenzaría fuera del trabajo. ¡Gorz llegó incluso a acusar al movimiento de las mujeres de reforzar la racionalidad capitalista dándose como objetivo “liberar a la mujer de las actividades sin fin económico”!⁴⁰ El verdadero objetivo ya no sería liberar a la mujer de las actividades domésticas no mercantiles, sino extender más allá del hogar la racionalidad no económica de esas actividades. Ignorando soberbiamente que esas actividades domésticas, también alienadas, son el reverso y el complemento del trabajo asalariado alienado, dicho propósito sale al encuentro de las propuestas sobre el empleo de proximidad y los nuevos servicios personalizados, destinados a convertirse en las muletas de la precariedad.

Por otro lado, y mucho antes de la dislocación de las dictaduras burocráticas, Gorz puso el dedo justamente en el hecho de que el individuo no podría coincidir totalmente con su ser social. Suponer su existencia “íntegramente” socializable pone en movimiento engranajes represivos de “la moral socialista” como pasión universal del orden: “En ese contexto, que es el de los estados totalitarios, es cuando la conciencia individual se descubre clandestinamente como el único fundamento posible de una moral: la moral comienza siempre por una rebelión [...] Es la revuelta contra la ‘moralidad objetiva’ [...]”.⁴¹ La solución no consiste, sin embargo, en arreglar una cohabitación pacífica entre una sociedad autónoma y un Estado intocable, entre una esfera liberada del tiempo libre y una esfera alienada del trabajo, cuya imposibilidad ha demostrado toda la experiencia histórica a través

de desenlaces a menudo sangrientos. Reside, más bien, en el rechazo de toda asimilación artificialmente decretada entre sociedad y Estado, individuo y clase.

Marx y Lenin hablaban de debilitamiento o de extinción, no de abolición del Estado. Este debilitamiento no es concebible más que como proceso, el tiempo en que la nada deviene (si algún día lo logra) efectivamente todo. Mientras subsistan la escasez relativa y la división del trabajo, el Estado volverá inevitablemente por la ventana. Su debilitamiento efectivo no podría decretarse. Implica una forma de dualidad de poderes que prolonga el acontecimiento revolucionario a través de un proceso de extinción-edificación donde la sociedad controlaría al Estado y se apropiaría progresivamente de las funciones que ya no pueden ser delegadas. Este enfoque invita a pensar la arquitectura institucional del poder y la autonomía relativa de la esfera del derecho, en lugar de suponer que una y otra derivan naturalmente de la fuerza que (“dictadura del proletariado” obliga) haría ley.

En lugar de comprometerse en esta vía, Gorz registra la imposibilidad de abolir la necesidad. La extensión del tiempo libre coexistiría, así, con un trabajo forzado y alienado que habría que seguir llevando a cabo. La esfera de la necesidad comprendería las actividades requeridas para la producción de lo necesario social. De ahí la insuperable función de lo político: “La disyunción de la esfera de la necesidad y del espacio de la autonomía; la objetivación de las necesidades del funcionamiento comunitario en leyes, prohibiciones y obligaciones; en suma, la existencia de un Derecho distinto de la costumbre, de un Estado distinto de la sociedad, son por tanto la condición misma en la que puede existir una esfera en la que rija la autonomía de las personas y la libertad de su asociación [...]”.⁴² Así planteada, la disyunción reivindicada resulta simplemente lo contrario de la unidad fantasmalmente restaurada de lo público y lo privado. Fuera de toda dinámica histórica, dicha disyunción compone una paz

40. *Ibid.*, pág. 90.

41. *Ibid.*, pág. 96.

42. *Ibid.*, pág. 112.

armada entre la heteronomía del Estado y la autonomía de la sociedad civil. Resignada a sufrir la antinomia entre libertad y necesidad, se contenta con reclamar una necesidad “claramente delimitada y codificada”. Después de haber sido audazmente invitados a cambiar de utopía, henos aquí, entonces, conducidos a una utopía tibia (prosaicamente jurídica y estatal), una utopía en harapos para tiempos de crisis, refugio de una nueva pequeña burguesía asalariada y consumidora, atrapada entre el martillo burocrático y el yunque liberal.

Gorz le reprocha a Marx haber edificado su teoría sobre la arena de una concepción *filosófica* del proletariado sin relación sólida con su realidad. La crítica no carece de fundamento. Buscando la superación de la filosofía alemana incapaz de transformar lo real, el joven Marx inicialmente buscó la solución en una alianza especulativa entre filosofía y proletariado, entre “todos los hombres que piensan y todos los que sufren”, entre “una humanidad sufriente que piensa” y “una humanidad pensante que sufre”.⁴³ El proletariado es entonces una clase en formación que “posee un carácter universal” (una “clase de la sociedad burguesa” que no es “ninguna clase de la sociedad burguesa”), que es víctima de la injusticia total y no de una injusticia particular, que lleva en sí la disolución de la sociedad al mismo tiempo que la reconquista total del hombre. Se trata precisamente, entonces, de una presentación filosófica previa a la “crítica de la economía política”. Un año después, la revuelta de los tejedores silesianos nuevamente es presentada por Marx como la manifestación material de la esencia del proletariado.

Luego de las encuestas de Engels sobre el proletariado real (las clases laboriosas en Inglaterra), la crítica de la economía política elabora la figura concreta del proletariado (como mercancía fuerza de trabajo) en su relación de conjunto con el capital. En lugar de rehacer metódicamente ese

43. Marx, Carta a Arnold Ruge, mayo de 1843. Ver al respecto, Georges Labica, *Le Statut marxiste de la philosophie*, París, PUF, 1976.

camino, así fuera para alejarse del mismo, Gorz sale lamentablemente al paso del mismo. Pide auxilio a “la no clase de los no productores”, cuya misión como negación de la negación ¡coincide con la del proletariado “filosófico” del joven Marx! ¿Quiénes mejor que esos excluidos desposeídos de todo, incluso de su propio trabajo, podrían representar hoy en día una clase en formación, de carácter universal, víctima de la injusticia pura y simple, y portadora de la reconquista del hombre a través de la disolución de la sociedad? Convocado para dinamitar a la sociedad programada y unidimensional, ese nuevo sujeto es más bien el síntoma de una regresión mítica con respecto a la paciente determinación de las clases a través de la reproducción del capital.

La relación de explotación está en el centro de la relación de clase. Para Marx, los conceptos de trabajo necesario y plus-trabajo están retroactivamente determinados por el metabolismo de la competencia y del proceso de conjunto. Los autores analíticos *individualizan la explotación* al relacionarla *con el consumo de cada uno...* Para el primero, ser explotado significa “trabajar más tiempo del necesario para producir los bienes que se consume”. Para Andrés de Francisco, los individuos entran en relaciones de clase para maximizar su interés particular: “Hablaemos de las clases como de un conjunto definido de relaciones entre individuos [...] proponemos una teoría individualista de las clases como previa a una teoría clasista de la sociedad”.⁴⁴

44. John Elster, *Karl Marx...*, *op. cit.*, pág. 234. Andrés de Francisco, “Qué hay de teórico en la ‘teoría’ marxista de las clases”, *loc. cit.*, y “Teoría clasista de la sociedad o teoría individualista de las clases”, *Viento Sur*, 12 (diciembre de 1993). En el mismo número de *Zona Abierta* (59-60, 1992), Val Burris da una definición extensiva de la explotación (“la capacidad de un individuo o de una clase a apropiarse del trabajo ajeno”). Pero la relación de clase es reducida a la explotación económica, y las relaciones de dominación son consideradas como secundarias. La idea según la cual “la apropiación de la plusvalía se lleva a cabo solamente en el proceso de producción” resulta de la incomprensión sobre el papel del proceso de conjunto: la extracción de plusvalía en la producción todavía no es la apropiación que presuponía el mercado y la reproducción de conjunto.

Para Marx, por el contrario, la relación de explotación es ante todo, y no puede dejar de ser, *una relación social*, no una relación individual. La tasa de explotación (pl/v) expresa una relación de clase ilustrada por el análisis de la cooperación y de la división del trabajo: la cooperación suscita un ahorro de tiempo debido a la simultaneidad espacial de las tareas productivas; una jornada de cien horas de diez trabajadores es más productiva que diez jornadas sucesivas de diez horas; la fuerza productiva combinada es superior a la suma de las fuerzas individuales. La barra de la relación (pl/v) representa la línea de frente ~~movédiza entre trabajo~~ necesario y ~~plustrabajo en torno de la cual se estructura el conflicto~~. Esta relación de explotación presupone el proceso de reproducción de conjunto y, así, la lucha de clases. Fuera de la determinación global del tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, la idea de explotación individual es teóricamente inconsistente.

Desde *La ideología alemana*, Marx denuncia la reducción de los individuos al rango de ejemplares seriales de una clase formal, y la representación, en los filósofos, de clases “que existen antes de los individuos que las componen”. En los *Grundrisse*, rechaza simétricamente las robinsonadas de la economía clásica y la reducción de las clases a una suma de relaciones individuales: “El individuo que produce como cazador o pescador aislado, que constituye el punto de partida de Smith y de Ricardo, pertenece al universo imaginario de las robinsonadas del siglo XVIII”. En los tres libros de *El capital*, finalmente, la determinación recíproca de los individuos y las clases es captada según la totalidad dinámica de la relación social. La lucha por el límite de la jornada de trabajo pone frente a frente al “capitalista global” (es decir, a la clase de los capitalistas) y al “trabajador global” (o a la clase trabajadora). Desde el momento en que hay separación del trabajador y de los medios de producción, “esta relación está dada por el hecho de que las condiciones para que se efectivice la fuerza de trabajo –medios de subsistencia y medios de producción– están separadas, como propiedad ajena, del poseedor de la

fuerza de trabajo”. Finalmente, “cada capitalista individual, así como el conjunto de todos los capitalistas de cada esfera de la producción en particular, participan *en la explotación de la clase obrera global por parte del capital global*” y “la tasa media de ganancia depende del grado de explotación del trabajo global por el capital global”. Por ello, a pesar de la competencia que la divide, la burguesía constituye una verdadera “cofradía francmasónica” frente a la “totalidad de la clase obrera”.⁴⁵

La explotación a través de la extorsión de plusvalor implica el desdoblamiento de la mercancía en valor de uso y valor de cambio, así como el desdoblamiento del trabajo en trabajo concreto y trabajo abstracto: “*Ese algo común* que se manifiesta en la relación de intercambio o en el valor de cambio de las mercancías es, pues, su valor. [...] Un valor de uso o un bien, por ende, sólo tiene valor porque en él está objetivado o materializado trabajo abstractamente humano. ¿Cómo medir, entonces, la magnitud de su valor? Por la cantidad de ‘sustancia generadora de valor’ –por la cantidad de trabajo– contenida en ese valor de uso. La cantidad de trabajo misma se mide por su duración, y el tiempo de trabajo, a su vez, reconoce su patrón de medida en determinadas fracciones temporales, tales como hora, día, etcétera. Podría parecer que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo gastada en su producción, cuanto más perezoso o torpe fuera un hombre tanto más valiosa sería su mercancía, porque aquél necesitaría más tiempo para fabricarla. Sin embargo, el trabajo que genera la sustancia de los valores es *trabajo humano indiferenciado, gasto de la misma fuerza humana de trabajo*. El conjunto de la fuerza de trabajo de la so-

45. *El capital*, *op. cit.*, libro segundo, t. II, vol. 4, pág. 37, y libro tercero, t. III, vol. 6, pág. 248. Suzanne de Brunhoff es perfectamente fiel a este razonamiento cuando escribe: “La noción de clase designa una relación económica y social conflictiva [...] El plustrabajo que proporciona el obrero no aparece de manera directa e individual. La noción de clase no es un instrumento del análisis económico que parte de los individuos y de su elección racional” (ce que disent les économistes”, *Politis*, 4, 1993).

ciudad, representado en los valores del mundo de las mercancías, hace las veces aquí de *una y la misma fuerza* humana de trabajo, por más que se componga de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de esas fuerzas de trabajo individuales *es la misma* fuerza de trabajo humana que las demás, en cuanto posee el carácter de *fuerza de trabajo social media* y opera como tal fuerza de trabajo social media, es decir, en cuanto, en la producción de una mercancía, sólo utiliza el tiempo de trabajo promedialmente necesario, o *tiempo de trabajo socialmente necesario*".

Sin ese concepto de trabajo abstracto la teoría del valor desembocaría, en efecto, en el absurdo según el cual el tiempo desperdiciado en distraerse y en holgazanear sería creador de valor. El gasto de fuerza de trabajo desde el comienzo no es individual. Presupone la "fuerza de trabajo social media" del "trabajo humano indiferenciado", del trabajo "socialmente necesario". Esta media no se establece en la esfera de la producción solamente. Presupone, a su vez, el metabolismo de la competencia, el establecimiento de una tasa de ganancia media, el reconocimiento histórico de las necesidades establecidas por la lucha de clases (las cuales no se limitan a las necesidades de consumo inmediatas, sino que se extienden a las necesidades de reproducción, incluyendo factores de educación, cultura y ambiente comunes a varias generaciones).

El trabajo abstracto, entonces, está históricamente determinado por el sistema de necesidades. en otras palabras, por la universalidad de la carencia. La igualdad de los trabajos diferentes supone la abstracción de su desigualdad real. Su reducción a "su carácter común de gasto de fuerza de trabajo" resulta del intercambio. Marx insiste en ello en el capítulo IV de la sección segunda del libro primero: "Las necesidades naturales mismas –como alimentación, vestido, calefacción, vivienda, etcétera– difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Por lo demás, hasta el volumen de las llamadas necesidades imprescindibles, así como la índole de su satisfacción,

es un producto histórico y depende por tanto en gran parte del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral. Aun así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios. [...] La suma de los medios de subsistencia necesarios para la producción de la fuerza de trabajo, pues, incluye los medios de subsistencia de los sustitutos, esto es, de los hijos de los obreros, de tal modo que pueda perpetuarse en el mercado esa raza de peculiares poseedores de mercancías". Si la fuerza de trabajo encierra un elemento moral e histórico, si su reproducción incluye el relevo de las generaciones, la determinación del tiempo de trabajo socialmente necesario para esta reproducción presupone... ¡la lucha de clases!

Relación social, el capital es, pues, la unidad de una relación de dominación y una relación de competencia. En el nivel de la producción, la tasa de plusvalía pl/v expresa la relación de clase independientemente de la relación de competencia. En el nivel de la (re)producción de conjunto, la tasa de ganancia $pl/c+v$ expresa la relación de explotación mediada por la relación de competencia. Pierre Salama y Tran Hai Hac señalan claramente la diferencia conceptual entre plusvalor y ganancia, a menudo mal comprendida en la llamada controversia de la transformación: "Así, del mismo modo en que el nivel de la relación de clase es estructurado por la existencia de la tasa de explotación, la relación intercapitalista es estructurada por la formación de la tasa general de ganancia, que es la forma bajo la cual la tasa de explotación se impone a los capitalistas individuales en la competencia. En ese sentido, la tasa general de ganancia es una forma transformada del valor de cambio anteriormente definido en el nivel del capital en general. El desarrollo del valor de cambio del nivel del capital en general en el nivel de

los capitales en competencia es designado bajo el nombre de transformación del valor de cambio en precio de producción. Esta no es otra cosa que el paso del análisis del capital de un nivel de abstracción a otro. La transformación significa que la lucha por la ganancia que libran los capitalistas está circunscrita al importe de la plusvalía arrancada a la clase de los trabajadores: los capitalistas no pueden repartirse más de lo que ha sido extraído en la relación de clase. En otros términos, la transformación del valor de cambio en precio de producción expresa el fraccionamiento de la plusvalía extraída en el nivel del capital en general entre los capitales en competencia".⁴⁶ El monto y las formas de redistribución del plusvalor están subordinados a su extracción. La explotación no podría ser determinada pues a través de comparar la asignación individual de bienes de consumo con el tiempo de trabajo individual.

TERCERA PARTE

El orden del desorden Marx, crítico de la positividad científica

Así, en ninguna parte podrá levantarse un límite, y sin cesar se abrirá una nueva perspectiva al vuelo de la flecha.

Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*

El más grande mago sería aquel que, al mismo tiempo, pudiera embrujarse a sí mismo, de modo que sus sortilegios le parecieran como ajenos, como manifestaciones poderosas en sí mismas

Novalis, *Fragmentos*

46. Pierre Salama y Tran Hai Hac, *Introduction à l'économie de Marx*, París. La Découverte, 1992, pág. 55.